

Por otra parte, la nostalgia del bulevar empezaba á dominarle; y después, su madre le daba tal prisa; el Sr. Roque se movía tanto á su alrededor y la señorita Luisa le amaba con tanta fuerza, que no podía permanecer ya mucho tiempo sin declararse. Tenía necesidad de reflexionar, juzgaría mejor de las cosas en el alejamiento.

Para motivar su viaje, Federico inventó una historia, y se marchó, diciendo á todo el mundo que volvería pronto.



## VI

**S**U regreso á París no le produjo placer alguno; era por la noche á fines del mes de Agosto; el bulevar parecía vacío, los transeúntes se sucedían con ceñudos semblantes, á trechos se veía una caldera de asfalto que humeaba, y muchas casas tenían sus persianas enteramente cerradas. Llegó á la suya, el polvo cubría las colgaduras, y al comer, completamente solo, dominó á Federico un extraño sentimiento de abandono; entonces pensó en la señorita Roque.

La idea de casarse no le pareció ya exorbitante. Viajarían, irían á Italia, á Oriente. Y la contemplaba de pié sobre un montículo, admira-

rando un paisaje, ó bien apoyada en su brazo en una galería florentina, deteniéndose ante los cuadros. ¡Qué alegría la de ver aquel delicado ser expansionarse ante los esplendores del arte y la naturaleza! Fuera de su centro, en poco tiempo, haría una encantadora compañera. La fortuna del Sr. Roque le tentaba, además. Sin embargo, semejante determinación le repugnaba como una flaqueza, un envilecimiento.

Pero estaba enteramente resuelto (á cualquier precio) á cambiar de existencia; es decir, á no perder más su corazón en pasiones infructuosas, y hasta vacilaba en cumplir el encargo de Luisa, de comprar para ella, en casa de Jacobo Arnoux, dos grandes estatuas policromas que representarían dos negros, como los que había en el gobierno de Troyes. Conocía la marca del fabricante, y no quería más que aquella. Federico tenía miedo, si volvía *casa de ellos*, de caer de nuevo en su antiguo amor.

Aquellas reflexiones le ocuparon toda la noche; cuando iba á acostarse entró una mujer.

—Soy yo,—dijo riendo la señorita Vatnaz. Vengo de parte de Rosanette.

¿Se habían, pues, reconciliado?

—Dios mío, sí. Yo no soy mala, ya lo sabe usted. Además, la pobre chica... Sería muy largo de contárselo á usted.

En resumen, la Mariscala deseaba verle, esperaba una respuesta, puesto que su carta se había paseado de París á Nogent; la señorita Vatnaz no sabía lo que contenía. Entonces Federico se informó de la Mariscala.

Estaba ahora *con* un hombre muy rico, un ruso, el príncipe Tzernoukoff, que la había visto en las carreras del Campo de Marte el verano pasado.

—Tiene tres carruajes, caballo de silla, librea, groom de *chic* inglés, casa de campo, palco en los Italianos, una porción de cosas más. Ya lo sabe usted, querido.

Y la Vatnaz, como si se aprovechara de aquel cambio de fortuna parecía más alegre, completamente feliz. Se quitó los guantes y se puso á examinar los muebles y las chucherías. Los tasaba en su justo precio como un chalán. Debería haberle consultado para obtener todo aquello en mejores condiciones; y le felicitaba por su buen gusto, diciendo:

—¡Ah! esto es lindo, muy bonito. No hay como usted para estas cosas.

Después, percibiéndole en el fondo de la alcoba una puerta, añadió.

—Por ahí salen las mujercitas ¿eh?

Y amistosamente le cogió la barba. Estremeciéndose él al contacto de sus largas manos, á la vez flacas y suaves. Alrededor de sus muñecas

llevaba un bordado de encaje, y sobre el cuerpo de su traje verde, pasamanerías como un húsar. Su sombrero de tul negro, de alas bajas, ocultaba un poco su frente; sus ojos brillaban debajo; un olor de patchulí se escapaba de sus cabellos; la *carcel*, colocada sobre un velador, iluminándola desde abajo, como batería de teatro, hacía resaltar sus mandíbulas, y de repente, ante aquella mujer fea, que tenía en la cintura ondulaciones de pantera, Federico se sintió presa de brutales deseos.

Dijole ella con voz untuosa, sacando de su portamonedas tres cuadrados de papel:

—Va usted á tomarme esto.

Eran tres localidades para una representación á beneficio de Delmar.

—¡Cómo! ¿élf?

—Ciertamente.

La señora Vatnaz, sin explicarse más, añadió que le adoraba más que nunca. El cómico, oyéndola, se clasificaba definitivamente entre «las eminencias de la época.» Y no era tal ó cual personaje el que representaba, sino el génio mismo de la Francia, el Pueblo. Tenía «el alma humanitaria; comprendía el sacerdocio del arte.» Federico, para librarse de aquellos elogios, le dió el dinero de las tres localidades.

—Es inútil que hable usted allí de esto. ¡Qué tarde es, Dios mío! Es preciso que le deje á us-

ted. ¡Ah! olvidaba las señas: calle de Crange-Batelière, 14.

Y en el dintel, añadió:

—Adios, hombre amado.

—¿Amado de quién?—se preguntó Federico.

—¡Qué persona tan singular!

Y se acordó que Dussardier le había dicho un día, respecto de ella: «¡Oh, nó es gran cosa!» como aludiendo á historias poco honrosas.

Al día siguiente se presentó en casa de la Mariscala. Habitaba una casa nueva, cuyas marquesinas se adelantaban hasta la calle. En cada meseta un espejo á la pared; una jardinera rústica delante de las ventanas, y todo lo largo de las escaleras un tapiz de lienzo.

Al entrar de fuera, la frescura de la escalera agradaba.

Un individuo macho vino á abrir, lacayo de chaleco encarnado. En la banquetta de la antesala, una mujer y dos hombres, proveedores, indudablemente, esperaban como en el vestíbulo de un ministro. A la izquierda, la puerta del comedor, entreabierta, permitía ver botellas vacías en los aparadores, servilletas en el respaldar de las sillas; y paralelamente se extendía una galería, donde bastones dorados sostenían una espaldadera de rosas. Abajo, en el patio, dos mozos con los brazos desnudos, limpiaban un landó. Sus voces subían hasta allí con el ruido intermi-

tente de una almohaza que golpeaban contra una piedra.

El criado volvió. La señora iba á recibir al señor, y le hizo atravesar una segunda antesala, después un gran salón, vestido de brocatel amarillo, con cordones en los rincones que se unían con el techo y parecían continuadas por los adornos de la araña, que tenían la forma de cables. Indudablemente, la noche anterior había habido fiesta. Sobre las consolas quedó ceniza de los cigarrillos.

Por fin entró en una especie de tocador á que confusamente daban luz cristales de color. Tréboles de madera tallada adornaban los altos de las puertas; detrás de una balaustrada, tres almohadones de púrpura componían un diván, y el tubo de un narguilé de platino rodaba por encima.

La chimenea, en vez de espejo, tenía un armario piramidal, que ostentaba en sus tablillas toda una colección de curiosidades: relojes de plata antiguos, cornets de Bohemia, broches de pedrería, botones de verde jade, esmaltes, figuras de china, una virgencita bizantina con capa de plata sobredorada, y todo aquello se fundía en un crepúsculo dorado, con el azulado color del tapiz, el nacarado reflejo de los taburetes, el tono leonado de las paredes cubiertas de cuero castaño. En los ángulos, sobre pedestales, va-

ros de bronce con grupos de flores que hacían pesada la atmósfera.

Rosanette apareció, vestida con una chupa de raso rosa, pantalón de cachemira blanco, un collar de piastras, y un casquete encarnado rodeado de una rama de jazmín.

Federico hizo un movimiento de sorpresa; después dijo que llevaba «la cosa en cuestión» presentándole el billete de Banco.

Miróle ella muy absorta, y como continuaba con el billete en la mano, sin saber dónde ponerlo, dijo:

—Tómelo usted.

Cogiólo ella, y después lo arrojó sobre el diván y contestó:

—Es usted muy amable.

Era para pagar un terreno en Bellevue, que satisfacía así por anualidades. Semejante frescura ofendió á Federico. Por lo demás, tanto mejor, aquello le vengaba del pasado.

—Siéntese usted—dijo ella.—Ahí, más cerca. Y añadió en tono grave: «En primer lugar, debo á usted las gracias, querido mío, por haber arriesgado la vida.

—¡Oh! eso no es nada.

—¿Cómo? Al contrario. Eso es muy hermoso.

Y la Mariscala le manifestó una gratitud embarazosa, porque debía saber por Arnoux, que seguramente cedería á la necesidad de decirlo,

que se había batido exclusivamente por él, según Arnoux se imaginaba.

—Quizás se burle de mí—pensó Federico.

Ya no tenía nada que hacer, y protestando una cita, se levantó.

—No; quédese usted.

Volvió él á sentarse y la cumplimentó por su traje.

Ella contestó con aire de fatiga:

—Es el príncipe que desea verme así. Y es preciso, además, fumar en semejantes máquinas—dijo Rosanette, señalando al nargullifé.—¿Quiere usted que lo probemos?

Trajeron fuego, y como quiera que todo aquello tardara en encenderse, se puso á patelear de impaciencia. Después se sintió presa de languidez, y permaneció inmóvil en el diván, con un cogín debajo del brazo, el cuerpo algo torcido, doblada una rodilla y la otra pierna recta. La larga serpiente de cuero encarnado, que formaba sus anillos en el suelo, rodeábase á su brazo; apoyaba la boquilla de ambar sobre sus labios y miraba á Federico, entornando los ojos, á través del humo cuyas nubes la envolvían. La aspiración de su pecho hacía gorgear el agua, y murmuraba Rosanette de cuándo en cuándo:

—¡Pobre monín, pobre querido mío!

Procuraba él encontrar un asunto de conversación agradable, y se le presentó la idea de la

Vatnaz, diciendo que le había parecido muy elegante.

—Pardiez—replicó la Mariscala.—«Es muy feliz esa con tenerme», sin añadir una palabra más, tantas restricciones había en sus pensamientos.

Ambos se sentían cortados, y como si se hallaran en presencia de un obstáculo. Con efecto, el duelo, cuya causa se creía Rosanette, había lisonjeado su amor propio. Después se admiró mucho de que Federico no se apresurase á preponderar de su acción; y para obligarle á venir, inventó aquella necesidad de las quinientas pesetas. ¿Cómo Federico no reclamaba en pago un poco de ternura? Era aquel un refinamiento que la maravillaba, y en un momento de expansión, le dijo:

—¿Quiere usted venir con nosotros á los baños de mar?

—¿Cómo *nosotros*?

—Yo y mi pájaro; le haré á usted pasar por un primo mío, como en las comedias antiguas.

—Mil gracias.

—Bueno; pues entonces tomará usted alojamiento cerca del nuestro.

La idea de ocultarse de un hombre rico, le humillaba.

—No, eso es imposible.

—Como usted guste.

Rosanette volvió la cabeza, y una lágrima cayó de sus párpados. Federico la percibió, y para demostrarle interés, dijo que se consideraba dichoso con verla, al fin, en posición excelente.

Encogióse ella de hombros. ¿Quién la afligía? ¿Sería, acaso, que no la amaran?

—¡Oh, á mí me aman siempre! Y añadió: «Falta saber de qué manera.»

Quejándose «del calor que la ahogaba» la Mariscala desabrochó su chupa; y sin más vestido alrededor de sus riñones que su camisa de seda, inclinó hacia atrás la cabeza, con un aire de esclava lleno de provocaciones.

Un hombre de egoísmo menos reflexivo, no hubiera pensado que el vizconde, el señor de Comaing ú otro pudieran sobrevenir. Pero Federico había sido burlado demasiadas veces por aquellas mismas miradas para comprometerse á una nueva humillación.

Quiso ella conocer sus relaciones, sus diversiones, y hasta llegó á informarse de sus negocios, y á ofrecerle que le prestaría dinero, si lo necesitaba. Federico, que nada tenía que hacer ya allí, cogió su sombrero.

—Vamos, querida, que se divierta usted mucho en su viaje; hasta la vista.

Movió ella los ojos, y después, en tono seco, dijo:

—Hasta la vista.

Volvió á pasar por el salón amarillo y por la segunda antesala. En ella se veía sobre una mesa, entre un vaso lleno de tarjetas y un escritorio, un cofrecillo de plata cincelada, ¡era el de la señora de Arnoux! Sintió entonces un estremecimiento y á la vez el escándalo de una profanación. Tentaciones le dieron de poner en él su mano, de abrirlo. Tuvo miedo de que le vieran y se marchó.

Federico fué virtuoso y no volvió más casa de Arnoux.

Envió á su criado para que comprara los dos negros, haciéndole todas las recomendaciones indispensables; y la caja que los contenía salió aquella misma noche para Nogent. Al día siguiente, dirigiéndose hacia casa de Deslauriers, á la vuelta de la calle Vivienne y del bulevar, se encontró cara á cara con la señora de Arnoux.

El primer movimiento de ambos fué hacerse atrás, después la misma sonrisa asomó á sus labios y se reunieron. Durante un minuto, ninguno de los dos habló.

El sol daba en ella, y su figura oval, sus largas pestañas, su chal de encaje negro, moldeando la forma de sus hombros, su traje de seda, de gola de pichón, el ramo de violetas en la punta de su capota, todo le pareció de extraor-

dinario esplendor. Una suavidad infinita exhalaban sus hermosos ojos, y balbuceando las primeras palabras que le ocurrieron, dijo Federico:

—¿Cómo está Arnoux?

—Muchas gracias.

—¿Y sus hijos de usted?

—Están perfectamente.

—¡Ah... ahl... Qué hermoso tiempo tenemos, ¿no es verdad?

—Magnífico, ciertamente.

—¿Va usted de encargos?

—Sí. Y con una lenta inclinación de cabeza, añadió: «Adiós.»

No le había alargado la mano ni le había dirigido una sola frase afectuosa, ni aún le había invitado a ir a su casa ¡no importa! no hubiera cambiado aquel encuentro por la más grata de sus aventuras; iba saboreando su dulzura por todo el camino.

Deslauriers, sorprendido al verle, disimuló su despecho, porque conservaba por obstinación alguna esperanza por el lado de la señora de Arnoux; y había escrito a Federico que permaneciera en Nogent, para estar más libre en sus maniobras.

Dijo, sin embargo, que se había presentado en casa de ella para saber si su contrato estipulaba la comunidad; entonces hubiera podido recurrirse contra la mujer «y ella ha puesto una

cara singular cuando le he hablado de tu matrimonio.»

Pero ¡qué invención!

—Era preciso para demostrarle que tenía necesidad de tus capitales. Una persona indiferente no hubiera sentido la especie de síncope que sufrió.

—¿De veras? —exclamó Federico.

—¡Ah, amigo mío, caro te vendes! Sé franco, veamos.

Una inmensa cobardía dominó al enamorado de la señora de Arnoux.

—Pues no... te aseguro... mi palabra de honor.

Aquellas blandas negativas acabaron de convencer a Deslauriers, que le cumplimentó, pidiéndole detalles. Federico no los dió, y hasta resistió al deseo de inventarlos.

En cuanto a la hipoteca, le dijo que no hiciera nada y esperase. Deslauriers le manifestó que le parecía mal, y aún fué brutal en sus observaciones.

Además estaba más sombrío, malévoló é irascible que nunca. Si en un año la fortuna no cambiaba, se embarcaría para América ó se levantaría la tapa de los sesos. Se mostraba, en fin, tan furioso contra todo y de un radicalismo tan absoluto, que Federico no pudo menos de decirle:

—Te pareces a Sénecal.

Deslauriers, con este motivo, le manifestó que había salido de Santa Pelagia, porque el sumario no suministró bastantes pruebas, sin duda, para procesarle.

Por la alegría de su libertad, Dussardier quiso «dar un ponche,» y rogó á Federico «que fuese de ellos,» advirtiéndole de todos modos que allí encontraría á Husonnet, que se había mostrado excelente para Sénecal.

Con efecto, *El Bota-fuego* se había hecho órgano de una agencia de negocios, que decía en sus prospectos: «Agencia de viñedos, de publicidad, de cobros y noticias, etc.» Pero el bohemio temía que su industria perjudicara á su concepto literario, y había tomado al matemático para que llevara las cuentas. Aunque la plaza fuera mediana, Sénecal sin ella se hubiera muerto de hambre. Federico no queriendo aflijir al bravo dependiente, aceptó su invitación.

Dussardier, con tres días de anticipación, había encerado por sí mismo los ladrillos encarnados de su boardilla, limpiado la butaca y la chimenea, en la que se veía, bajo un globo, un reloj de alabastro entre una estalactita y un coco. Como sus dos candeleros y su palmatoria no eran suficientes, había pedido prestadas al conserje dos velas; y aquellas cinco luminarias brillaban sobre la cómoda, cubierta con tres ser-

villetas, para que soportara más decentemente macarrones, bizcochos un *brioche* y doce botellas de cerveza. Enfrente, adosada á la pared empapelada de amarillo, un pequeño armario de caoba contenía las *Fábulas de Lachambeaudie*, los *Misterios de Paris*, el *Napoleón*, de Norvins, y en el centro de la alcoba, sonreía en su marco de palisandro, el rostro de Béranger.

Los convidados eran (además de Deslauriers y Sénecal) un reciente farmacéutico, que no tenía los fondos necesarios para establecerse; un joven de su casa de comercio, un encargado de designar los puestos en mercados y ferias para los vinos, un arquitecto y un señor empleado en los Seguros. Regimbart no había podido ir; y se le echó de menos.

Acogieron á Federico con grandes demostraciones de simpatía, todos conocían por Dussardier su lenguaje en casa del Sr. Dambreuse. Sénecal se contentó con alargarle la mano, con aire digno.

Estaba apoyado en la chimenea. Los demás sentados y con la pipa en los labios, le escuchaban discurrir acerca del sufragio universal, de donde debía resultar el triunfo de la Democracia, la aplicación de los principios del Evangelio. Además, el momento se acercaba; los banquetes reformistas se multiplicaban en las provincias; el Piamonte, Nápoles, la Toscana...